

¿CÓMO SE ARENGABA AL EJÉRCITO SEGÚN LA HISTORIOGRAFÍA CLÁSICA? EL CASO DE AMIANO MARCELINO

María Luisa HARTO TRUJILLO¹

RESUMEN

La temática de la historiografía clásica es esencialmente militar. Los historiadores mencionan las causas de las guerras, el desarrollo de las batallas, sus consecuencias... y, por supuesto, mencionan las tareas de sus generales, entre las que estaba la de pronunciar arengas.

Las arengas historiográficas serían, pues, recreaciones de lo que los generales pronunciaban en el campo de batalla, y en ellas se recogen tópicos con los que se arengaba al ejército: la confianza en su valor, la justicia de su causa, la defensa de la patria y de la libertad, la ayuda divina, la crítica a los enemigos, la necesidad de vencer y aniquilar, lo que conseguirían en caso de victoria (botín y gloria), la vergüenza de la huida y una exhortación final a luchar y a morir si era necesario.

Desde el siglo V a.C. con Tucídides y la Guerra del Peloponeso, hasta el siglo IV d.C. con la *Historia* de Amiano Marcelino y las campañas de Juliano, asistimos a numerosas arengas en las que se repiten siempre estos tópicos, mencionados además en los mismos lugares del discurso, demostrándose que los historiadores griegos y romanos conocían la obra de los autores anteriores y conocían también, como buenos militares en muchos casos, la actividad y el oficio de sus generales.

PALABRAS CLAVE: Historiografía latina. Discursos militares. Tópicos. Amiano Marcelino.

¹ Profesora titular de Filología Latina de la Universidad de Extremadura.

ABSTRACT

The theme of classic historiography is essentially military. Historians mention the causes of wars, the development of battles, its consequences... and, of course, mention the work of his generals, among which was the rendering harangues.

These harangues of historiography would be therefore recreations of what the generals said ruling on the battlefield, and they reflect topics with which you can harangue soldiers: confidence in their courage, justice of their cause, defending the homeland and freedom, God's help, the criticism of the enemies, the need to conquer and annihilate, which would win in the event of victory (loot and glory), the shame of flight and a final exhortation to fight and die if needed.

Since the V century BC with Thucydides and the Peloponnesian War, until the fourth century AD with the history of Ammianus Marcellinus and campaigns of Juliano, we find numerous harangues in which these topics are always repeated, also referred to the same parts of speech, demonstrating that Greek and Roman historians knew the works of authors past and knew also, as good soldiers in many cases, activity and craft of his generals.

KEYWORDS: Latin Historiography. Military discourses. Topics. Ammianus Marcellinus.

* * * * *

Introducción

La historiografía en Roma era un género literario. Eso significa que el historiador, al escribir, debía tener en cuenta tanto el contenido de lo que narraba, como el estilo de su obra.

Pues bien, en cuanto al contenido, la historiografía latina se caracteriza por contar hechos trascendentes para el pueblo romano y de naturaleza esencialmente militar. Además, no olvidemos que, con frecuencia, el historiador clásico era un político o un militar que ofrecía su propia versión de hechos en los que había intervenido él mismo².

² No podemos olvidar a historiadores latinos que eran también políticos y militares como Fabio Pictor, Cincio Alimento, Salustio, Julio César, Tácito, Dion Casio o Amiano Marcelino, que se presenta a sí mismo en su obra como *miles quondam et graecus*, es decir, como «antiguo soldado y de origen griego» (*Hist.*31,16,9).

Esto le hacía rechazar minucias o hechos intrascendentes³, centrar su obra en Roma, en su pasado y en su presente, con la finalidad de corregir los males de su época y buscar aquella *virtus* y aquellas viejas tradiciones y costumbres que habían engrandecido la patria.

Por supuesto, el tema central para los historiadores latinos será, pues, el militar, es decir, el relato de guerras, fundamentalmente contra pueblos extranjeros, pues serían esas guerras las que habían permitido la expansión de su imperio. No en vano, J. Bartolomé afirma: «La historia de Roma, y la historia antigua en general, es una historia de hechos y, sobre todo, de hechos de guerra, es en gran medida una historia militar; por lo tanto, un historiador que pretenda dar cuenta de ella desde sus orígenes se verá obligado a construir una obra en la que los relatos bélicos sean parte fundamental de ella»⁴.

Además, si tenemos en cuenta que, según Tito Livio (I,19,2-3), las puertas del templo de Jano, que permanecían cerradas en Roma en tiempo de paz, se cerraron tan solo en dos ocasiones desde el reinado de Numa Pompilio hasta el nacimiento del Imperio con Augusto (es decir en unos ocho siglos), comprendemos que la guerra y el mundo militar tuvieron gran trascendencia en la vida, en la historia y, por tanto, también en la historiografía de Roma.

Así pues, en cuanto al contenido, la historiografía latina era una historiografía fundamentalmente militar.

Ahora bien, hemos afirmado también que la historiografía era un género literario⁵ y que, por lo tanto, el historiador debía escribir su obra enriqueciéndola con recursos de lengua y estilo, que la dotaran de ese carácter literario. De ahí la inclusión de metáforas, comparaciones poéticas, descripciones, digresiones, cartas, retratos y discursos.

Pues bien, en estas páginas, queremos centrarnos en uno de estos recursos literarios utilizados por los historiadores, los discursos y, en concreto, queremos centrarnos en los más característicos dado el tema de su obra, las arengas militares.

Y es que, todos sabemos que, entre las tareas propias de un general, está la de exhortar y enardecer los ánimos de sus hombres antes de la lucha.

Así lo reconoce el historiador Q. Curcio en su *Historia de Alejandro Magno*: «Entre tanto, Artabazo desempeñaba todas las funciones de un autén-

³ El propio Amiano Marcelino dirá: «Y es que la historia suele narrar hechos esenciales y no escurrir minucias y acciones insignificantes, que si alguien quisiera conocer es como si pretendiera que se pueden contar esos pequeños corpúsculos que flotan en el vacío y que, entre los griegos, reciben el nombre de 'átomos'» (*Hist.* 26,1,1).

⁴ BARTOLOMÉ, J.: *Los relatos bélicos en la obra de Tito Livio*. Vitoria, 1995, p.24.

⁵ Cicerón dijo que la historiografía era un *opus oratorium maxime* (*De leg.* I,5,21), es decir un género oratorio o propio de oradores formados en la retórica y en el arte de la palabra.

tico general: merodeaba en torno de las tiendas de los persas, los exhortaba, les llamaba la atención ora individualmente, ora en conjunto» (*Alex.* V,9,17).

Por tanto, si los generales en el mundo clásico pronunciaban arengas, es lógico que los historiadores, al relatar las guerras, recogieran también arengas en sus obras.

Ahora bien, dado el carácter literario de esas obras, hemos de considerar que los historiadores «adornaban» esas arengas y, si bien se atienen en gran parte al contenido real que pudo pronunciarse en las batallas o en las asambleas previas a esas batallas, lo cierto es que, en las arengas de la historiografía latina, encontramos una serie de recursos estilísticos que nos hacen analizarlas como auténticas joyas de la retórica y de la literatura.

Tópicos de las arengas historiográficas

Hemos analizado los tópicos que suelen aparecer en las arengas de la historiografía clásica, y hemos observado que, de manera muy significativa, aparecen temas y elementos comunes en historiadores tan distantes cronológicamente como Tucídides (s. V a.C.) o Amiano Marcelino (s. IV d.C.).

Tanto en el tema como en el léxico o en los recursos estilísticos, los historiadores se sirven de los mismos tópicos que habían utilizado los autores anteriores. Sin duda, este hecho se debe, en parte, a la semejanza de las situaciones en las que se pronunciaban las arengas, pues es lógico que un general, en cualquier época, recuerde a sus hombres antes de una batalla la importancia de lo que se juegan, el valor que ya han demostrado con anterioridad, la superioridad de sus recursos frente a los del enemigo, el botín y la gloria que conseguirán en caso de victoria...

De hecho, ya Vegecio, en su tratado militar conocido como *Epitoma rei militaris* o *De re militari* (III,12), escrito en el siglo IV d. C., había mencionado los temas que debían ser citados por un general en una arenga:

«Con las advertencias y la exhortación del general aumenta el valor y el ánimo del ejército, sobre todo si, acerca del combate ya inminente, se exponen ante los hombres razones por las que deben confiar en obtener fácilmente la victoria. Además, se les debe demostrar la desidia y los errores del enemigo, y se debe aludir igualmente a una victoria obtenida ya con anterioridad sobre ellos... Por otra parte, deben exponerse aspectos que, moviéndoles desde la ira y la indignación, lleven a los soldados a odiar a sus enemigos».

Pero no se trata sólo de la mención de los mismos tópicos. Es que, además, de aquellos instrumentos de persuasión de los que hablaba Aristóteles

(«*písteis*»), dividiéndolos en racionales (inductivos o deductivos) y emotivos (*ethos* y *pathos*), en las arengas recogidas por los historiadores romanos no se juega tanto con argumentos racionales como con aspectos emotivos, pues se pretende o bien enardecer a los soldados, o bien conmover a los lectores de esa obra. Por eso, se recurre a elementos esenciales tanto para el individuo como para la colectividad, y se alude también a factores religiosos, políticos, morales y materiales. De ahí la presencia de tópicos como el honor, la libertad, el botín, la facilidad de la victoria, los dioses, la patria...

Para nuestro estudio, si bien tenemos en cuenta la historiografía griega, hemos analizado fundamentalmente las obras de la historiografía latina comprendidas desde los orígenes de su literatura (s. III a.C.) hasta el final del Imperio en el siglo V d.C., cuando se deja ya paso a la historiografía cristiana y medieval, y hemos observado que aquellos tópicos o factores que suelen utilizar los generales (o los historiadores) para arengar a su ejército son los siguientes:

1. Un vocativo o forma especial de dirigirse a los soldados.
2. La mención al hecho de que las palabras no aportan valor.
3. Recuerdo de victorias pasadas y del valor ya demostrado.
4. Críticas contra el enemigo, al que se considera inferior.
5. Se afirma que el momento es decisivo.
6. Se considera la situación propicia.
7. Mención al motivo de la lucha:
 - 7.1. La patria.
 - 7.2. La libertad.
8. Se pide o reconoce la ayuda divina a la causa propia.
9. Justicia de esa causa.
10. Se critica la posibilidad de huir.
11. No basta con vencer, hay que aniquilar (*Carthago delenda est*).
12. Recompensas y amenazas en función del resultado de la batalla.
13. Exhortación final a vencer o a morir.

Además, hay que señalar que, de manera muy significativa, de estos tópicos, los tres primeros suelen aparecer en el inicio de las arengas, que es el momento apropiado para ganarse la atención y la voluntad de los receptores.

Por eso, al principio, el general llama a los soldados de una manera determinada, resta importancia a sus propias palabras frente al valor de sus hombres, y muestra su confianza en ellos, para lo cual les recuerda victorias pasadas, conseguidas en muchas ocasiones luchando juntos.

Una vez preparado y ganado el auditorio, en el cuerpo de la arenga, el general suele hablar de temas ya centrados en la batalla inminente, como la inferioridad del enemigo, el motivo por el que van a luchar (normalmente la

patria y la libertad), la justicia de su causa, que hará que los dioses les sean propicios, el botín que obtendrán en caso de victoria, o las duras consecuencias que les aguardan en caso de huida o de ser derrotados.

Ya el final de la arenga es el momento de resumir en pocas palabras lo indicado y, sobre todo, de lanzar una exhortación final con un imperativo que encienda definitivamente a los hombres y les lleve a luchar y a morir si es necesario.

El caso de Amiano Marcelino

Podíamos poner muchos ejemplos de cada uno de estos tópicos en distintas arengas de la historiografía latina, pero hemos optado por ofrecer una arenga concreta y señalar en ella la manera que tenían los generales romanos de arengar a sus ejércitos, y especialmente cómo los historiadores recogían y «adornaban» esas palabras para conseguir las tres finalidades que debía tener un discurso según la retórica clásica: *delectare*, *docere* y *move-re*, es decir, deleitar, enseñar y mover.

Para ello nos vamos a centrar en una arenga de Amiano Marcelino, historiador que conocía perfectamente el mundo militar, ya que, como hemos apuntado con anterioridad, fue *miles quondam*, es decir, escribió ya al final de su vida sobre batallas y campañas militares en las que había intervenido él mismo⁶.

Además de esa condición personal como militar, que le lleva a ser muy apropiado para ofrecer arengas en su obra, Amiano vivió un momento decisivo en la historia del imperio romano, ya que su vida habría transcurrido entre el 330 y el 400 d.C. es decir, le correspondió vivir el siglo IV d. C., un siglo muy conflictivo en la historia de Roma, ya que el imperio estaba sumido en una profunda crisis económica, política, social, religiosa y militar, una crisis en la que unos pocos romanos tradicionales, con fe en esa Roma gloriosa del pasado, se agruparon en torno al emperador Juliano el Apóstata y buscaron una regeneración de Roma en todos los aspectos, intentado con ello la recuperación de la religión pagana frente al emergente cristianismo, la recuperación de la gran literatura y de la cultura clásica, la recuperación de las costumbres antiguas frente a la hipocresía y los vicios de su época y, por supuesto, la recuperación o, al menos, el mantenimiento de las fronteras y de la fortaleza del ejército que había conquistado esas fronteras.

⁶ Si Amiano había nacido en torno al 330, sabemos que en el 353 formaba ya parte de los *protectores domestici*, un cuerpo selecto del ejército encargado de distintas misiones, y en el que Amiano estaba a las órdenes de Ursicino, su gran amigo y protector.

Además, desde el punto de vista literario, Amiano reniega también de los historiadores contemporáneos, preocupados por minucias, biografías y anécdotas, o por relatos breves, frente a los cuales él escribió una historia de Roma desde Nerva hasta Valente, es decir, desde el 96 d.C. hasta su propia época, en concreto hasta la muerte de Valente en la batalla de Adrianópolis, luchando contra los godos en el 378 d.C.

Tristemente, de los 31 libros que componían su obra, tan solo hemos conservado a partir del 14, precisamente el momento en el que Amiano empieza a intervenir directamente en los hechos, ya que entre los libros 14 y 31 se relatarían los sucesos acaecidos en el imperio romano desde el 353 hasta el 378 d.C., unos años caracterizados por los conflictos civiles entre emperadores y césares (Constancio II, Galo, Juliano, Valentiniano o Valente), con luchas y asesinatos entre ellos, e igualmente serían años de intentos de sublevación de ejércitos y civiles, y especialmente de un afán desesperado de los romanos por mantener las fronteras de su imperio frente al ataque de godos, vándalos, hunos, persas, etc.

Son años, pues, conflictivos, de crisis en todos los aspectos y de luchas y batallas por recuperar la grandeza del imperio. No es extraño, entonces, que a este historiador se le haya considerado como «El último gran representante de la historiografía latina», pues es el último gran historiador de Roma que, recogiendo el testigo de Julio César, Salustio, Tito Livio o Tácito, nos cuenta las batallas y las guerras claves en la historia de Roma.

En su relato, el gran héroe de nuestro historiador, pues simbolizaba su esfuerzo por recuperar ese pasado glorioso, fue Juliano el Apóstata, auténtico protagonista de los libros 15 a 25 de la obra. De hecho, se ha apuntado que la intención de Amiano fue terminar su *Historia* en el libro 25, cuando muere Juliano en plena batalla en la campaña persa.

Por ello, hemos seleccionado para nuestro análisis una arenga que habría pronunciado Juliano al comenzar esa campaña (*Hist.* XXIII,5,15-25), una campaña en la que había participado Amiano Marcelino, que habría escuchado numerosos discursos del emperador y que es, de hecho, nuestra fuente más fiel para conocer dicha empresa, si bien no sabemos muy bien el papel concreto que desempeñaba en la expedición.

Hemos de indicar asimismo, que no es una arenga pronunciada en plena batalla, o en los momentos previos a una batalla, arengas que suelen ser muy breves, vivas, con numerosos imperativos, frases cortas y, en general, exhortaciones a luchar y a morir matando a los enemigos. Por el contrario, la arenga que vamos a comentar habría sido la que pronunció Juliano ante el ejército formado para partir en la campaña, lo cual hace que el historiador se recree en los preparativos, describiendo el ambiente, los gestos del orador, etc. Sí encontramos, no obstante, numerosos tópicos que hemos

mencionado anteriormente como propios de las arengas romanas.

El discurso de Juliano (o mejor de Amiano Marcelino) es el siguiente:

«Ante esto, una vez destruido el puente después de que todos lo hubieran cruzado, tal como hemos señalado, el emperador creyó que lo más urgente era hablar a los soldados, que marchaban intrépidos y confiados en sí mismos y en su líder.

Así pues, dada una señal mediante las trompetas, habiéndose reunido ya todas las centurias, cohortes y manípulos, Juliano se colocó sobre un montón de tierra, rodeado por los hombres de más alto rango y, con voz serena, contando con la simpatía general habló de este modo:

Al observar vuestras enormes fuerzas y vuestro ánimo, mis muy valientes soldados, he decidido reuniros para mostraros con múltiples argumentos que ésta no es la primera vez, a pesar de lo que dicen algunos malintencionados, que los romanos invaden Persia. Pues, para no mencionar a Lúculo⁷ o a Pompeyo⁸ (quienes, a través de los albanos y de los masagetas, a los que ahora denominamos alanos, penetraron también en esta nación y llegaron a los lagos Caspios) sabemos que Ventidio, el legado de Antonio, causó calamidades sin número en estas tierras⁹.

Pero, para no aludir a tiempos remotos, me referiré a lo que nos ha transmitido la historia reciente: Trajano¹⁰, Vero¹¹ y Severo¹² regresaron de aquí victoriosos y cargados de trofeos. Y el joven Gordiano, cuyo monumento vemos ahora con respeto, hubiera regresado con igual esplendor si en Resaina, después de

⁷ Lúculo fue un destacado político y militar romano, que vivió en el siglo I a.C., cónsul en el 74 a.C. y vencedor de la Tercera Guerra Mitridática en Asia Menor, por lo tanto vencedor en las tierras que ahora pretende invadir Juliano.

⁸ Pompeyo el Grande, gran general y político romano, recibió del Senado la tarea de terminar la guerra contra Mitridates iniciada por Lúculo, obteniendo importantes victorias en Asia que le permitieron entregar a Roma las provincias de Armenia, el Cáucaso, Siria o Judea.

⁹ Ventidio fue enviado por Marco Antonio en el 40 a.C. para expulsar a los partos que habían invadido la provincia romana de Siria, obteniendo importantes victorias contra éstos.

¹⁰ Trajano, emperador en Roma desde el 98, inició en el 113 una guerra contra los partos, consiguiendo con sus victorias la anexión de Armenia, Asiria y Mesopotamia, con lo cual el Imperio alcanzaba su máxima extensión. Lamentablemente, murió en el viaje de vuelta de esta campaña en el 117.

¹¹ Lucio Vero fue co-emperador en Roma junto a Marco Aurelio. Fue destinado a Oriente entre el 162 y el 166, dirigiendo una nueva campaña contra los partos. Consiguió importantes triunfos que permitieron que Roma ostentara de nuevo el control sobre Armenia y Mesopotamia occidental.

¹² Severo fue emperador en Roma desde el 193 hasta el 211. Sus mayores triunfos militares se produjeron luchando también contra los partos, a los que venció consiguiendo que Mesopotamia volviera a caer bajo el poder romano.

vencer y poner en fuga al rey de los persas, no hubiera caído por una impía herida causada por la facción de Filipo, prefecto del pretorio, que contó con la ayuda criminal de unos pocos, muriendo Gordiano en el mismo lugar donde está sepultado. Sin embargo, sus manes no anduvieron errantes y sin venganza durante mucho tiempo, porque, como si la justicia hubiera calibrado los hechos, todos los que conspiraron contra él y planearon su muerte, murieron después de terrible agonía¹³.

A aquellos emperadores, ávidos de empresas elevadas, fue su voluntad la que les impulsó a realizar hazañas memorables. Pero a nosotros nos impulsan la terrible calamidad de las ciudades capturadas recientemente, las sombras sin venganza de ejércitos enteros asesinados, la magnitud de los daños y la pérdida de campamentos. Así pues, en nuestro intento de restablecer el pasado, contamos con los deseos comunes de todos, por lo cual, una vez fortalecida la seguridad del estado en esta zona, realizaremos hazañas por las que la posteridad podrá encomiarnos.

Con la ayuda de la divinidad eterna, yo estaré siempre con vosotros, como emperador, líder y camarada, contando, como espero, con auspicios favorables.

Pero, en el caso de que la inconstancia de la fortuna me batiera en alguna contienda, para mí será suficiente el haberme sacrificado por el mundo romano, al igual que hicieron los antiguos Curcios¹⁴, los Mucios¹⁵ y el noble linaje de los Decios¹⁶.

¹³ Gordiano fue nombrado emperador a los 13 años, en el 238. En el 241 los persas invadieron Mesopotamia, ante lo cual el emperador se puso en marcha con su ejército hacia Oriente Próximo. Tras alguna victoria, encargó el liderazgo de los pretorianos a Filipo. A pesar de que fuentes árabes apuntaban que fueron ellos los que mataron a Gordiano en una batalla, fuentes romanas, de acuerdo con lo dicho por Juliano en su arenga, aseguraron que Filipo asesinó a Gordiano por ambición al trono imperial, siendo de hecho proclamado emperador a la muerte de Gordiano.

¹⁴ Como relatan Tito Livio (VII,6,1) o Valerio Máximo (V,6,2), en una ocasión, en el suelo del foro romano se abrió una grieta enorme que, según el oráculo, sólo podía rellenarse con aquello en lo que más destacaba el Imperio Romano. Ante esto Curcio, creyendo que Roma sobresalía fundamentalmente por su valor guerrero, se cubrió con sus insignias militares y se lanzó a aquella sima, recuperando entonces la tierra su estado original.

¹⁵ Cuenta Valerio Máximo (III,3,1) que Gayo Mucio, para terminar con el ataque que el rey etrusco Porsena dirigía contra Roma, penetró a escondidas en su campamento e intentó darle muerte. No pudiendo conseguirlo, fue apresado por los etruscos, y sufrió el tormento de que le abrasaran la mano derecha, tormento que él soportó, considerándolo incluso merecido por no haber sido capaz de terminar su tarea, lo cual le valió el perdón del rey y el que, al regresar a Roma, recibiera el sobrenombre de Escévola, «el zurdo».

¹⁶ Publio Decio Mus y Tito Manlio Torcuato eran cónsules y dirigían el ejército romano en la primera guerra Latina. Ante un sueño en el que se les decía que uno de ellos tendría que morir para

Debemos acabar con el más enojoso de los pueblos, en cuyas espadas quedan restos aún de la sangre de nuestros amigos.

Nuestros antepasados necesitaron muchas generaciones para erradicar completamente lo que les perjudicaba. Cartago sólo fue derrotada después de una complicada y larga guerra, pero nuestro insigne líder temió que ésta pudiera sobrevivir a su derrota¹⁷. También Escipión destruyó completamente Numancia después de arrostrar las múltiples dificultades que conlleva un asedio¹⁸.

Roma destruyó Fidenas para que no surgieran ciudades émulas de su imperio¹⁹, y ésta fue también la razón por la que oprimió a los faliscos y a los de Veyes, de manera que ni siquiera el recuerdo del pasado puede convencernos fácilmente de que estas ciudades fueron poderosas algún día²⁰.

Os he expuesto estos hechos como conocedor del pasado. Sólo resta que, olvidando la codicia, que con frecuencia ha tentado a los soldados romanos, avancéis todos en formación y que, cuando llegue el momento de la lucha, cada uno siga a sus propias insignias y sepa que, si se echa atrás, será abandonado con las piernas cortadas.

De los enemigos, que son muy astutos, no temo nada más que sus engaños y trampas.

En suma, os prometo a todos y cada uno de vosotros que, una vez logremos el triunfo y se calme esta situación, rechazando todas las prerrogativas de esos príncipes que piensan que, en función de su autoridad, todo lo que dicen o plantean es justo, daré cuentas a quien me lo exija de mis decisiones, ya sean correctas o erróneas.

que las tropas del otro venciesen, Publio Decio se lanzó él solo contra los enemigos, ofreciendo así su vida en una *devotio*, o sacrificio en el que un militar se lanzaba contra el ejército enemigo para obtener así la ayuda divina para su causa (Valerio Máximo I,7,3; V,6,6).

¹⁷ Alude Juliano a las palabras atribuidas a Catón el Viejo, quien con su frase *Carthago delenda est* («Cartago debe ser destruida»), insistía siempre en que no bastaba con vencer a los cartagineses en las Guerras Púnicas, sino que había que aniquilarlos, para que no volvieran a constituir un peligro.

¹⁸ Tras varios años de conflictos y batallas contra los romanos, en el 133 a.C., los numantinos, se suicidaron y prefirieron morir antes que ser sometidos por los romanos.

¹⁹ Fidenas era una ciudad etrusca cercana a Roma, con la que luchó durante cuatro siglos, hasta que, en el 435 a.C., vencida definitivamente, fue destruida y saqueada por los romanos, que esclavizaron a todos sus habitantes.

²⁰ Faleria, Veyes y Fidenas estaban aliadas contra Roma, siendo derrotadas, como indicamos en la nota anterior, en el 435 a.C. Faleria no fue destruida entonces, por lo que continuó hostigando a los romanos, hasta que, en el 241 a.C., tras una nueva rebelión, fue finalmente sometida. En cuanto a Veyes, fue conquistada de forma definitiva en el 396 a.C.

Por ello, ya desde ahora, levantad –os lo pido–, levantad vuestros ánimos a la espera de muchas y grandes hazañas, sabiendo que afrontaréis cualquier dificultad que se nos presente compartiendo mi destino. Y pensad que la victoria suele acompañar siempre a la justicia.

Una vez concluido este discurso tan optimista, los soldados, exultantes con la gloria de su general y con grandes esperanzas en un futuro próspero, levantaron sus escudos, y gritaron que no temían ningún peligro ni dificultad alguna, si contaban con un emperador que se imponía a sí mismo más dureza que a sus soldados.

De entre todos, los que demostraban una mayor alegría en sus gritos eran los galos, pues recordaban las ocasiones en que, dirigidos por este emperador, habían visto cómo caían algunos pueblos y cómo otros pedían perdón suplicantes, mientras Juliano iba de compañía en compañía durante el combate».

Como vemos, es un largo discurso, pronunciado por Juliano al inicio de la campaña contra Persia, un discurso en el que el orador intenta ganarse la voluntad de sus soldados, mientras que el historiador recuerda los logros pasados de Roma e intenta con ello ganarse también el patriotismo de unos romanos que vivían sumidos en una profunda crisis política, religiosa, social y económica.

Este discurso se pronunció realmente y, casi con total seguridad, fue escuchado por Amiano Marcelino, que acompañaba a Juliano en la expedición, si bien fue adornado por el historiador con la inclusión de tópicos presentes en numerosas arengas de la historiografía latina de sus diferentes épocas.

Así, si nos atenemos a la lista de tópicos mencionada con anterioridad, podemos destacar que prácticamente todos los tópicos están presentes en esta arenga, con la única excepción de la alusión al hecho de que las palabras del general no aportan valor, un tópico que suele aparecer en los proemios y con el que el general suele ganarse la atención y la voluntad de los soldados, afirmando que el resultado de la batalla no depende de sus palabras, sino del valor de sus hombres, un valor ya demostrado en numerosas ocasiones.

Nos parece muy significativo que este tópico no aparece en ninguna de las arengas que hemos encontrado en la obra de Amiano Marcelino²¹, lo

²¹ *Historia* XIV 7,13-15; XIV,10,10-16; XVI,12,8-13; XVI,12,18-19; XVI,12,28-34; XVI,12,38-41; XXI,5,1-9; XXI,13,9-16; XXIII,5,15-25.

cual nos lleva a pensar que estas arengas, si bien recogen el sentir de los generales emisores (Galo, Constancio II, Juliano...), serían reconstrucciones del historiador, que no habría optado por su inclusión en este tópico en los discursos.

Ante esta ausencia, el general o el historiador deben ganarse la voluntad de los receptores con el vocativo que les dirige al principio del discurso (*fortissimi milites*) «mis muy valientes soldados».

En este caso, nos parece muy interesante que, mientras que el vocativo más repetido en las demás arengas de la historiografía latina es el término genérico *milites* «soldados», sin ninguna calificación afectiva o calificativa, en las arengas de Amiano Marcelino no lo encontramos solo en ninguna ocasión, decantándose siempre el historiador por otros vocativos más complejos: *virii fortes* «valientes» (XIV,7,13-15); *commilitones mei* «compañeros míos» (XVI,12,8-13); *socii... commilitones... virii fortes* «compañeros... compañeros... valientes» (XVI,12,28-34); *virii fortissimi* «hombres valerosísimos» (XVI,12,38-41); *magni commilitones* «nobles compañeros» (XXI,5,1-9); o *amantissimi virii* «amadísimos hombres» (XXI,13,9-16).

En todas estas arengas aparece, pues, sobre todo en las pronunciadas por Juliano (XVI,12,8-13; XVI,12,28-34; XVI,12,38-41; XXI,5,1-9; XXIII,5,15-25) la fuerte implicación que existía entre el César y sus hombres, a los que no llama nunca simplemente «soldados», sino que se dirige a ellos con superlativos o bien les califica como compañeros de armas «*commilitones*».

Curiosamente, ya Suetonio, al tratar sobre la vida de los Césares romanos, había afirmado que Julio César tampoco se dirigía nunca a sus hombres simplemente como *milites* «soldados», sino como *commilitones* «compañeros de armas», que tenía un carácter más afectivo²².

La contrapartida era el insulto, pues cuando un general quería exaltar el ánimo de sus hombres, podía rebajar su categoría negándoles el calificativo de soldados y llamándoles simplemente «ciudadanos, civiles» o *quirites*, como nos cuenta también Suetonio:

«Pero con una sola palabra, llamándoles ciudadanos en lugar de soldados, los conmovió y se los ganó tan fácilmente que, al punto, ellos respondieron que eran soldados y que, aunque él se negara, le seguirían voluntariamente hasta África» (*Julio Cesar*, LXX).

Así pues, con el vocativo utilizado ya al principio de la arenga, Amiano nos muestra la buena relación que existía entre Juliano y sus hombres.

²² Suetonio: *Julio César* LXX.

Otro tópico que suele aparecer en los proemios de las arengas de la historiografía latina, y que tiene mucha importancia en las de Amiano Marcelino, y en concreto en la que centra nuestro interés, es el recordar las victorias anteriores y el valor ya demostrado por los soldados, consiguiéndose con ello que aumentara su confianza.

Este tópico se encuentra también en otras arengas de la obra de Amiano Marcelino, como las que encontramos en XIV,10,10-16 o en XXI,5,1-9, pareciéndonos muy significativo que, si en este último caso, aparece en boca de Juliano en una arenga en la que se relatan sus éxitos luchando contra galos y germanos, en la primera de las arengas mencionadas, está en boca de Constancio II, que como sabemos se enfrentó con su primo Juliano en guerra civil, por lo cual, dados los elogios que dirige siempre Amiano Marcelino a Juliano, no es extraño que al terminar la arenga de Constancio, nos diga que ese discurso no había suscitado un gran entusiasmo entre los soldados, pues «tras numerosas campañas, sabían que podían contar con la fortuna del emperador si se trataba de guerras civiles pero, en cambio, cuando se trataba de batallas contra pueblos extranjeros, con frecuencia el resultado era dramático».

De nuevo, pues, vemos cómo la inclusión de este tópico en las arengas le sirve al historiador para conseguir sus objetivos: elogiar las hazañas de Juliano y, en el caso concreto de la arenga analizada en nuestro trabajo, elogiar las hazañas de héroes romanos del pasado como Escipión, Pompeyo, los Curcios, los Decios... con lo cual intentaba despertar, de nuevo, el patriotismo romano en ese siglo IV d.C., en el que el olvido de las viejas glorias y de las viejas costumbres romanas habían sumido al imperio en una profunda crisis.

Eso sí, de nuevo, la finalidad y la forma en la que está expresado este tópico nos hacen ver en su redacción más la mano de un historiador que la de un general ante su ejército, pues la inclusión de numerosas alusiones históricas es más propia de una obra escrita que de un discurso pronunciado en plena campaña ante unos soldados.

Una vez ganada la voluntad con el vocativo inicial y aumentado el valor de los hombres con el recuerdo de victorias pasadas, entraríamos ya en los tópicos propios del centro o del cuerpo del discurso, aquellos que se basan en los motivos de la lucha, en la lucha en sí y en lo que aguarda a los soldados en caso de victoria o de derrota.

Pues bien, entre estos tópicos incluiríamos la justicia de la causa, la defensa de la patria y de la libertad, el botín o la gloria conseguida en caso de victoria, la mención a la ayuda divina, la crítica al enemigo, al que no basta con vencer, sino que hay que aniquilar, la recriminación de la huida, y la confianza en la victoria.

Todos ellos son utilizados en esta arenga. Así, en cuanto a la justicia de la causa, dice Juliano (o Amiano Marcelino), que les impulsa no una voluntad individual, sino «la terrible calamidad de las ciudades capturadas recientemente, las sombras sin venganza de ejércitos enteros asesinados, la magnitud de los daños y la pérdida de campamentos», pero por si esto fuera poco, el discurso termina con una frase contundente: *Aequitati semper sole-re iungere victoriam* «La victoria suele acompañar siempre a la justicia».

Y es que, como indica J.M.Roldán Hervás: «Para los romanos, toda guerra debía ser justa, es decir, declarada según unas reglas de derecho internacional, que, en Roma, estaban sometidas a las mismas normas del derecho civil»²³.

Desde luego, tanto los soldados como los lectores de una obra historiográfica se sentirían reconfortados si el general –o el historiador– les decían como hacen Juliano o Amiano que a la justicia de la causa le sigue necesariamente la victoria. De este modo, si la lucha a la que se enfrentaban era «justa», no debían preocuparse, pues obtendrían la victoria.

Unido a este tópico de mencionar la justicia de la causa, suele aparecer la mención de que los soldados no luchan por una causa individual o egoísta, sino por intereses comunes como la patria y la libertad. Estas son, para A. Pariente, las razones que mueven las guerras, ya que, en su opinión: cualquier acto de guerra «se apoyará en los mismos razonamientos, aunque se pretendan cosas contradictorias de una vez a otra. Y esas razones tópicas son siempre las mismas, la patria y la libertad. Quizás alguna otra, pero siempre más insignificantes»²⁴.

Y esa defensa de la patria y de la libertad de los romanos es lo que impulsó a Amiano Marcelino o a Juliano a pronunciar palabras como éstas: «Para mí será suficiente haberme sacrificado por el mundo romano... Así pues, en nuestro intento de restablecer el pasado, contamos con los deseos comunes de todos, por lo cual, una vez fortalecida la seguridad del Estado en esta zona, realizaremos hazañas por las que la posteridad podrá encomiarnos».

No podemos olvidar que ya Horacio, en el siglo I d.C., había dicho *Dulce et decorum est pro patria mori* «Dulce y honroso es morir por la patria» (*Carm.*II,13), si bien en las arengas de los generales de pueblos bárbaros que lucharon contra los romanos suele achacarse siempre a los ejércitos romanos que eran un grupo de mercenarios que luchaban por el botín y que no tenían ese sentimiento patriótico.

²³ ROLDÁN, J.M.: *El ejército de la república romana*. Madrid, 1996, p.19.

²⁴ PARIENTE, A.: *Salustio. Política e Historiografía*. Barcelona, 1973, pp.102-103.

Tal vez el ejemplo más significativo en este sentido es el de la arenga de Calgaco, general de los caledonios, que se enfrentaron a los romanos en Germania a lo largo del s. I d.C., quien en una arenga recogida por Tácito en el *Agricola*, dice refiriéndose a los romanos:

«Saqueadores del mundo, cuando les faltan tierras para su sistemático pillaje, dirigen sus ojos escrutadores al mar. Si el enemigo es rico, se muestran codiciosos; si es pobre, despóticos; ni el Oriente ni el Occidente han conseguido saciarlos; son los únicos que codician con igual ansia las riquezas y la pobreza. A robar, asesinar y asaltar llaman con falso nombre imperio, y paz al sembrar la desolación... ¿Creéis que los romanos conservan en la guerra un coraje parejo a su desenfreno en la paz? Famosos gracias a nuestras desavenencias y discordias, convierten los defectos de los enemigos en gloria para su ejército. Ejército al que, reclutado entre pueblos muy diversos, las circunstancias favorables lo mantienen unido y al que, por tanto, las adversas lo disolverán» (TACITO, *Agric.* XXIX, 4-XXXIII,1).

Este concepto de ejército romano mercenario e individualista es el que quiere evitar Amiano Marcelino, y de ahí sus continuas alusiones a las glorias del pasado y a las hazañas que hicieron que Roma se convirtiera en dueña del mundo entonces conocido. De ahí también que, en la arenga que estamos analizando, se les diga a los soldados y a los lectores romanos: «Os he expuesto estos hechos como conocedor del pasado. Sólo resta que, olvidando la codicia, que con frecuencia ha tentado a los soldados romanos, avancéis todos en formación». Y es que, efectivamente, sobre todo a partir de la reforma del ejército de Mario en el 106 a.C., el ejército romano se había «profesionalizado» y se había convertido en un grupo de hombres que luchaban no tanto por la patria como por la soldada y por la esperanza de alcanzar recompensas y un gran botín.

En este sentido se expresa J.M. Roldán, para quien «La ley romana, en caso de victoria, no preveía el derecho al botín del soldado-ciudadano a título individual, pero, puesto que el Estado abstracto se concretaba en el magistrado correspondiente encargado de dirigir la guerra, quedaba a su albedrío el destino del botín, que, de acuerdo con las circunstancias, podía ser reservado en su totalidad para el Tesoro o ser objeto de reparto. Estas distribuciones y recompensas no podían dejar de tener implicaciones en la propia idiosincrasia colectiva de la milicia»²⁵.

²⁵ ROLDÁN, J.M.: *El ejército...*, p.36.

Por eso, sobre todo ya en época imperial, cuando disminuye el sentido patriótico y colectivo, los generales e historiadores insisten en recomendar a los soldados que olviden la codicia personal y luchen por la patria.

Unido a la defensa de la patria y de la libertad, así como a este convencimiento de que los soldados no deben luchar por motivos individuales (botines y recompensas), sino por la colectividad, el general debe recordar siempre a los soldados que es una vergüenza huir y abandonar a los compañeros. Por ello, junto a las promesas de recompensas, encontramos en las arengas continuamente amenazas y recriminaciones contra aquellos soldados que mueran con heridas recibidas por la espalda.

De hecho ya Juliano había utilizado este recurso en otra arenga. En concreto, en XVI,12,38, cuando en una batalla contra los bárbaros de Chonodomario, vio a sus soldados huir, relata Amiano Marcelino:

«Por ello, cuando el César observó desde lejos que la caballería no encontraba otro recurso más que la fuga, espoleó a su caballo y se puso delante de ellos para contenerles como si se tratara de una barrera.

Entonces, al reconocerle por la insignia púrpura del dragón, que estaba ajustada a su enorme lanza y se desplegaba al viento como la piel seca de una serpiente, el tribuno de uno de los escuadrones se plantó y, agitado, pálido y temeroso, corrió presto a reanudar el combate. Y, como suele suceder en los momentos críticos, el César se dirigió a ellos sin acritud y les dijo: «¿Adónde vamos a huir, valientes? ¿Acaso ignoráis que la huida nunca supone la salvación e indica la estupidez de una empresa fracasada? Volvamos junto a los nuestros para ser al menos partícipes de la gloria, pues, sin respeto alguno hacia ellos, les hemos dejado luchando solos por la patria». Gracias a estas afortunadas palabras, animó a todos a enfrentarse de nuevo al esfuerzo de la lucha, imitando así a aquel famoso Sila quien, en una ocasión, cuando ya estaban dispuestas las formaciones para entablar combate contra el general de Mitrídates, Arquelao, se vio acosado en plena contienda y abandonado por todos sus soldados. Entonces Sila corrió a la primera línea y, arrebatando un estandarte, lo lanzó contra los enemigos diciendo: «Marchaos vosotros, a quienes elegí para acompañarme en el peligro, y cuando os pregunten dónde está vuestro general, respondedles sin mentir: Está luchando él solo en Beocia, derramando su sangre por todos nosotros»²⁶.

²⁶ Sila, que fue cónsul en el 88 y en el 80 a.C., y dictador en el 81 y en el 80 a.C., participó en numerosas campañas militares como la guerra contra Mitrídates VI, rey del Ponto. Durante esta guerra, consiguió victorias importantes como la de Queronea o la de Orcómenos, tras las cuales se firmó finalmente un tratado de paz favorable a los intereses romanos, la llamada «paz de Dárdano» en el 85 a.C.

Es muy significativo en esta arenga cómo, tras las frases de Juliano intentando que sus hombres no se rindan y no huyan, Amiano coloca otra arenga similar pronunciada por Sila, lo cual incide en la idea de que los historiadores conocían y manejaban arengas anteriores, que les servían de base a la hora de escribir su obra. En concreto, esta arenga de Sila «recuperada» por Amiano aparece en los *Estrategemata* de Frontino (II,18,12), el manual militar escrito en el s. I d.C. que tuvo, como vemos, más importancia de la que tradicionalmente se le ha dado.

Así pues, un buen general siempre debía pedir a sus hombres lo mismo que les pedía Paulo, el general que dirigía a los romanos en la batalla de Cannas contra los cartagineses:

«Resistid, os lo suplico, recibid con bravura el hierro en vuestro pecho y descended hasta los manes sin ninguna herida por la espalda, soldados: nada resta ya, salvo la gloria de morir. Seguiré siendo Paulo, vuestro general, cuando llegéis a la morada infernal» (SILIO ITÁLICO, *Punica*, X,6-11)²⁷.

En el caso de Amiano Marcelino, las palabras que éste pone en boca de Juliano en la arenga que estamos analizando son muy expresivas, ya que habría amenazado al ejército con lo siguiente:

«Sólo resta que olvidando la codicia, que con frecuencia ha tentado a los soldados romanos, avancéis todos en formación y que, cuando llegue el momento de la lucha, cada uno siga a sus propias insignias y sepa que, si se echa atrás, será abandonado con las piernas cortadas».

Así pues, en el recorrido que hemos venido haciendo por los tópicos de las arengas historiográficas que aparecen en este discurso, hemos visto ya que el general se gana la voluntad de sus hombres con un vocativo muy marcado desde el punto de vista afectivo y encomiástico, que les recuerda las victorias y las hazañas romanas, que habla de la justicia de su causa, de la defensa de las fronteras, de la patria y de la libertad, además de pedirles que olviden el individualismo y que luchen sin pensar ni en el botín ni en la huida. Es el momento ahora, pues, de mencionar la ayuda divina, pues en las arengas de la historiografía latina encontramos una fuerte presencia de la divinidad, ya sea pidiendo el general la intervención de los dioses, o ya sea incluso admitiendo y afirmando dicha intervención.

Por eso, cuando Flaminio, que dirigió a los romanos en la infausta batalla de Trasimeno contra los cartagineses, despreció la ayuda divina en una

²⁷ La batalla de Cannas, que se produjo en el 216 a.C. en el marco de la Segunda Guerra Púnica contra el ejército de Aníbal, fue sentida por los romanos como la derrota más importante jamás sufrida. En ella perecieron tanto el propio cónsul Lucio Emilio Paulo, a quien se atribuyen las palabras mencionadas, como 60.000 ó 70.000 romanos.

arenga, el resultado de la batalla no podía ser favorable. Estas fueron sus palabras:

«Es cierto que los dioses nos ofrecen sus consejos, pero no penséis que son como vosotros, que tembláis ante el sonido de la trompeta. Contra el enemigo, la espada es un adivino bastante poderoso, y la fuerza de un brazo armado proporciona un auspicio bello y digno del soldado latino... ¡La vana superstición resulta deshonrosa en medio de una guerra! La única divinidad que reina en los corazones de los guerreros es la virtud» (SILIO, *Punica*, V, 105-132)²⁸.

Lógicamente, cuando se desprecia así la ayuda divina en Roma, la derrota es segura. No olvidemos que, como afirmaba Polibio, lo que había permitido a los romanos obtener su gran imperio era su reverente temor a los dioses y su religiosidad.

Tan importante era para los romanos la confianza en la divinidad que, sobre todo en las arengas de época republicana, mucho más patrióticas y basadas en los valores tradicionales, se afirma en numerosas ocasiones la presencia real de los dioses en la lucha. En este sentido, dirá el historiador Tito Livio, *Di hominesque illi adfuere pugnae* «Dioses y hombres intervinieron en aquella batalla» (VII,26,7-8).

También Frontino en su manual militar había narrado tretas y estratagemas con las que los generales convencieron a sus hombres de la presencia divina. Por ejemplo cuenta cómo Aulo Postumio, en la guerra contra los latinos, hizo que dos extranjeros aparecieran en la batalla montados a caballo y persuadió a sus hombres de que se trataba de Cástor y Pólux (*Strat.*I,11,8). Y parecida fue la treta del espartano Archidamo, pues hizo que, mientras los hombres dormían, varios caballos rodearan el campamento dejando huellas para que, por la mañana, los soldados creyeran que Cástor y Pólux les seguían y les daban su apoyo (I,11,9).

Pero, tristemente para los romanos, a medida que terminó la república y que se desarrolló el imperio, con el individualismo y el materialismo que comenzaron a dominar la vida y el ejército romano, frente a los valores tradicionales y colectivos, se perdió también la confianza en los dioses. Por eso, en las arengas de Tácito, en concreto en las arengas de las *Historiae*, de época imperial, dominadas por un ambiente pesimista y de alteración de valores y estamentos, hemos encontrado la presencia divina sólo en dos dis-

²⁸ La batalla de Trasimeno en el 217 a.C. supuso una importante derrota del ejército romano en su lucha contra Aníbal en la Segunda Guerra Púnica. Debilitados ya tras la batalla de Trebia, los romanos tuvieron que adoptar una táctica «contemporizadora» y evitar durante algún tiempo el enfrentamiento directo con el ejército cartaginés.

cursos. En uno de ellos, Vócula incita a la lucha diciendo que la situación es propicia pues cuentan con hombres, armas, alimentos, medios y también *ultores deos* (IV,57) y en el otro, situado a continuación (IV,58-59), el mismo orador termina su discurso con una invocación a Júpiter Óptimo Máximo y a Quirino, para que no permitan la iniquidad de los hombres, que no están dispuestos a luchar. Así pues, las invocaciones a los dioses de las *Historiae* cambian su tono, pues no se les pide ayuda para la lucha, sino simplemente se recuerda su existencia y son invocados para que inciten a los hombres a luchar.

En el caso de Amiano Marcelino, sabemos que este historiador pretende recuperar los valores tradicionales en campos como la cultura, política, sociedad y, por supuesto, también en la religión, de manera que es lógico que la invocación a los dioses aparezca una y otra vez en las arengas de su obra. Por eso un soldado se dirige a Juliano en estos términos:

«Guíanos como afortunado y valiente general, y sabrás todo lo que puede conseguir un soldado cuando se crece al contemplar a un general valiente y atento a las acciones de cada uno, siempre que contemos con la ayuda de la divinidad suprema» (XVI,12,18-19).

Y, por eso, en la arenga que estamos analizando, Juliano afirma ante sus hombres: «Con la ayuda de la divinidad eterna, yo estaré siempre con vosotros, como emperador, líder y camarada, contando como espero, con auspicios favorables».

Otro de los tópicos que no puede faltar en la arenga de un general romano, si nos basamos en la historiografía, es la crítica contra el ejército enemigo, un ejército al que se considera inferior en preparación, efectivos, motivaciones, fuerza y que, por lo tanto, puede ser derrotado por los soldados que escuchan la arenga.

No en vano, si las personas más «débiles» son los ancianos, mujeres y niños, son con ellos con los que se suele comparar al ejército enemigo en distintas arengas, como en la de Tácito (Ann.XIV,30,2), en la que se dice que los rivales son una tropa afeminada y fanática (*muliebre et fanaticum agmen*), la de Silio Itálico (*Pun.* VII,99-117) en la que los enemigos son unos ancianos con los que da vergüenza luchar, pues fueron rechazados ya antes para el combate por su debilidad (*Resides ad bella vocantur, quis pudeat certare, senes. Quodcumque videtis, hoc reliquum est, primo damnatum ut inutile bello*), o aquella otra arenga también en Silio Itálico, en la que el cónsul Livio Salinator arenga a los soldados romanos en los momentos finales de la Segunda Guerra Púnica con la idea de que los golpes que pueden infligir ya los cartagineses son como arañazos de mujer o puñetazos de un niño (*Pun.*XV,761-66).

Otras veces el enemigo está en peores condiciones (*hostem impedito atque iniquo loco tenetis*) pues no puede moverse bien debido a las condiciones del lugar (Caes, *Gal.VI,8,3-5*), tiene miedo y está desesperado (*de terrore suo desperationeque exercitus Caesaris facit verba. Bell. Afr. XXXII,1-2*), son bandidos desarmados contra un ejército que lucha por su patria, sus hijos, sus altares y sus hogares (*contra latrones inermes pro patria, pro liberis, pro aris atque focis suis certare. Salustio, Cat.LIX,5-6*)... Es decir, en una arenga, el general siempre tiene que convencer a sus hombres de su superioridad frente al enemigo.

Por contra, desde el punto de vista del ejército contrario, siempre se puede vencer a los romanos, que han olvidado los valores patrióticos y son un conglomerado de mercenarios que luchan tan solo por un botín. Ésta es la acusación que encontramos en los africanos, galos o en los germanos. Así Jugurta (Salustio, *Iug. IL,1-4*) pide a sus hombres confianza en su victoria contra unos romanos codiciosos a los que ya habían vencido con anterioridad (*monet atque obtestatur uti memores pristinae uirtutis et victoriae sese regnumque suum ab Romanorum avaritia defendant; cum iis certamen fore quod antea victos sub iugum miserint*), confianza que debe aumentar también por el hecho de que él ha hecho todo lo que debe hacer un buen general: ha previsto un lugar ventajoso, para luchar contra enemigos incautos, siendo además superiores en número y en experiencia (*quae ab imperatore decuerint omnia suis provisae, locum superiorem, ut prudentes cum imperitis, ne pauciores cum pluribus aut rudes cum belli melioribus manum consererent*).

En el caso de Amiano Marcelino, antes de la arenga que estamos analizando, ya Juliano había menospreciado a soldados enemigos en otras arengas:

«Vamos soldados, ya está aquí ese día tan deseado desde hace tanto tiempo, el día que nos obliga a todos a lavar culpas ya antiguas y a devolver el honor que merece a la majestad romana. Ante nosotros tenemos a bárbaros que, llevados por la rabia y la locura desesperada, han llegado a destruir su propia fortuna, y a los que debemos someter con nuestras fuerzas» (XVI,12,28-34).

En el caso de los persas, lo único que teme Juliano son sus tretas: «De los enemigos, que son muy astutos, no temo nada más que sus engaños y trampas», pero esto no debe ser obstáculo contra un ejército consciente de la importancia de su causa.

Ahora bien, a ese enemigo inferior y astuto, no basta con derrotarle, hay que destruirlo completamente, alusión que hemos recogido en el tópico *Carthago delenda est* («Cartago ha de ser destruida»), rememorando la

célebre frase de Catón, con la que éste advertía a los romanos del peligro de dejar a un enemigo moribundo, pero con rabia y fuerzas para recuperarse y atacar de nuevo.

En efecto, en numerosas ocasiones, el general arenga a sus hombres con la idea de que no basta con vencer, sino que hay que aniquilar, idea que suele expresar con una comparación en la que identifica a los enemigos con un animal, una enfermedad o una planta dañina, que deben ser eliminados completamente para evitar un futuro peligro. Por ejemplo, en Livio los enemigos son fieras (*belvas strinximus ferrum* «hemos empuñado las armas contra bestias» VII,24,3-7).

Por eso en una ocasión Publio Sulpicio, dirigiendo a los romanos contra volscos y ecuos, les gritó «que no era momento de andar con vacilaciones, que estaban rodeados y con el paso hacia los suyos cortado, a no ser que pusiesen todo su empeño en liquidar el combate con la caballería; y que no era suficiente con hacerla huir ilesa, había que acabar con caballos y hombres, para que ninguno se incorporase después a la lucha o iniciase un ataque» (Livio III,70,4-7)²⁹. Y también Cerial, luchando contra los bárbaros, dijo a sus hombres que no bastaba con vencer, que había que vencer «para siempre» (*in aeternum*, TACITO, Hist.V,16).

En el caso de la arenga de Juliano, el emperador, después de recordar victorias anteriores de los romanos, les dice a sus hombres que debían terminar definitivamente con los enemigos: «Debemos acabar con el más enojoso de los pueblos, en cuyas espadas quedan restos aún de la sangre de nuestros amigos. Nuestros antepasados necesitaron muchas generaciones para erradicar completamente lo que les perjudicaba. Cartago sólo fue derrotada después de una complicada y larga guerra, pero nuestro insigne líder temió que ésta pudiera sobrevivir a su derrota. También Escipión destruyó completamente Numancia después de arrostrar las múltiples dificultades que conlleva un asedio»³⁰.

Roma destruyó Fidenas para que no surgieran ciudades émulas de su imperio, y ésta fue también la razón por la que oprimió a los faliscos y a los veyes, de manera que ni siquiera el recuerdo del pasado puede convencerlos fácilmente de que estas ciudades fueron poderosas algún día»³¹.

²⁹ Ecuos y volscos vivían en territorios cercanos al Lacio y se aliaron contra los romanos, siendo derrotados en el 431 a.C. en la batalla del Monte Algido.

³⁰ Se refiere en este caso Juliano al asedio de Numancia que, como sabemos, terminó con el suicidio de la mayor parte de los numantinos en el 133 a.C., pues prefirieron la muerte antes que caer en manos de los romanos.

³¹ Ya hemos mencionado en una nota anterior que Fidenas fue destruida definitivamente por los romanos en el 435 a.C. y Veyes en el 396 a.C.

Como vemos, Juliano (o mejor, Amiano Marcelino), en las arengas aparece siempre como perfecto conocedor del pasado romano y de los tópicos de la literatura y de la historiografía latina, consiguiendo así, especialmente en estos discursos, los objetivos que se proponía con su obra: cantar las glorias y las victorias del pasado romano, recuperar el estilo de la gran historiografía clásica y convencer a sus lectores y oyentes de la necesidad de recuperar esa rica tradición, ese patriotismo y las costumbres que habían permitido a Roma destruir a sus enemigos y hacerse dueña del mundo conocido.

En cuanto al final de la arenga, es el lugar apropiado para lanzar un imperativo final que levante definitivamente el ánimo de los hombres y les lleve a luchar y a morir si es necesario.

Son muy variados los imperativos o las expresiones con matiz de obligación que hemos encontrado en las arengas de generales romanos. Así, el general puede pedir a los soldados que le sigan (*sequimini me* o «seguidme», César, *Civ.* III,91,1-4), que destruyan al enemigo (*delete*, en Liv. IV,33,3-6), que no mueran sin venganza (*cavete inulti animam amittatis*, en Salustio, *Cat.* LVIII), o en Tácito, Boudicca arenga a sus soldados diciéndoles que en aquella batalla *vincendum vel cadendum esse* «había que vencer o morir» (*Ann.* XIV,35,1-2)³².

Aunque, sin duda, el imperativo más expresivo que hemos encontrado en nuestro análisis es el que les dirige Leónidas a los espartanos antes de la batalla definitiva contra los persas: *Prandete tamquam apud inferos cenaturi* «Comed, como si fuerais a cenar ya en el paraíso» (Orosio, *Hist.* II,11,9-10).

Pues bien, Amiano Marcelino utiliza muchos imperativos en sus arengas: *adeste... mihi* («venid junto a mí» XIV,7,13-15); *mihi credite* («confiad en mí» XIV,10,10-16); *exurgamus... propulsemus fortitudine congrua illisa nostris partibus probra* («levantémonos... y rechacemos con el valor que merecen las ofensas infligidas a nuestra causa» XVI,12,28-34); *ite* («marchaos» XVI,12,38-41) o, como hace Juliano en la arenga que estamos analizando, les pide que levanten sus ánimos, *erigite animos vestros*.

Conclusiones

Así pues, como vemos, en esta arenga Juliano se ha comportado como uno de esos generales gloriosos a los que menciona en sus palabras, pues ha

³² Esta es una de las pocas arengas de la historiografía clásica puesta en boca de una mujer, Boudicca, que tras la muerte de su marido en el 61 d.C., encabezó la revuelta de los icenos, una tribu británica, contra los romanos.

retomado todas las pautas que también ellos habían seguido para animar a sus hombres antes de la batalla:

- En el inicio de la arenga, se gana su voluntad con un vocativo afectuoso, y se gana también su confianza recordándoles victorias anteriores, conseguidas por otros ejércitos romanos que se habían lanzado a una empresa similar.
- En el centro de la arenga, menciona aspectos relacionados con la propia campaña persa: en primer lugar, la justicia de su causa, debido a los desmanes de los enemigos. A continuación, los motivos que les impulsan que, como a todos los ejércitos romanos, son la patria y la libertad; la recompensa que conseguirán en caso de victoria, tanto la gloria como la tranquilidad y un rico botín; menciona también la confianza en la ayuda de la divinidad, pues cuentan con augurios favorables. Critica a los enemigos, a los que se considera inferiores y dañinos, y a los que, por tanto, no basta con vencer, sino que hay que destruirlos completamente. Por supuesto, la gloria de la victoria no puede empañarse con la huida de ningún desertor, a quien se amenaza con dejarle con las piernas cortadas...
- Y, por último, una vez ganada la confianza de los soldados, y explicada la situación, es el momento de lanzar el imperativo o exhortación final, que encienda definitivamente los ánimos antes de la partida.

Por supuesto, la respuesta de los soldados, es también la que se espera de ellos: «Una vez concluido este discurso tan optimista, los soldados, exultantes con la gloria de su general y con grandes esperanzas en un futuro próspero, levantaron sus escudos, y gritaron que no temían ningún peligro ni dificultad alguna, si contaban con un emperador que se imponía a sí mismo más dureza que a sus soldados».

La arenga ha cumplido, pues, con el objetivo del general. Pero no olvidemos que esta arenga está inserta en una obra historiográfica, una obra que se iba recitando oralmente a los lectores y que se leía en un mundo romano en crisis, y con serias amenazas tanto en el interior como en el exterior, pues los romanos del siglo IV d.C. se veían envueltos en graves conflictos económicos, sociales, políticos, religiosos y bélicos, de manera que el objetivo del historiador era encender él también los ánimos de sus lectores y oyentes, haciéndoles sentirse orgullosos de su pasado, necesitados de recuperar esas viejas glorias romanas y confiados en su emperador.

Sin duda Amiano Marcelino, rodeado por un grupo de intelectuales paganos que vivieron en estos momentos finales del s. IV d.C., como Simmaco, Libanio, Oribasio y el propio emperador Juliano, pensaban que si conseguían recuperar esas costumbres tradicionales, la gran cultura y literatura

romana del pasado, y la religión pagana frente al cristianismo entonces imperante, conseguirían salvar el imperio frente a persas, hunos y bárbaros.

Sabemos que, en este sentido, su esfuerzo fue vano, pues Juliano murió en una batalla de la campaña persa que se iniciaba con la arenga analizada³³, el cristianismo terminó imponiéndose en el imperio y, después de la batalla de Adrianópolis, con la que se cierra la obra de Amiano, en la que los romanos sucumbieron ante los godos y perdieron al propio emperador Valente³⁴, el imperio de Occidente no pudo resistir mucho más y acabó desapareciendo en los primeros años del siglo V.

Pero ese esfuerzo sí permitió que Amiano Marcelino haya sido considerado «el último gran representante de la historiografía clásica», pues con su obra rompió con la historiografía de minucias, anécdotas y biografías que imperaba en su época, recuperando el estilo, la finalidad, el tema y el tratamiento que los grandes historiadores griegos y romanos habían dado siempre al contenido de sus obras.

En ese contenido las guerras y el mundo militar ocupaban, sin duda, un lugar esencial, de ahí que los grandes historiadores fueran conocedores de los preparativos, de la ejecución y de las causas y consecuencias de campañas y batallas tanto civiles como contra pueblos extranjeros.

Las Guerras Médicas, la Guerra del Peloponeso, las Guerras Púnicas, la Guerra de las Galias... todos conocemos las principales guerras de la antigüedad gracias a la labor de historiadores como Tucídides, Julio César, Tito Livio, Tácito o Amiano Marcelino, perfectos conocedores del mundo militar, preocupados no sólo por contar estas batallas que permitían a griegos y romanos protagonizar la historia, sino también por inculcar los valores de patriotismo, orgullo, responsabilidad y entrega que ellos observaban en los generales y héroes militares.

Pero esta enseñanza estaba inserta en un género literario que, además de esa finalidad informativa y pragmática, tenía también que entretener y

³³ En efecto, el mismo año 363 d.C., Juliano fue herido por una lanza en la batalla y murió poco después en su tienda, rodeado por algunos amigos como su médico Oribasio, autor de unas memorias de Juliano que no han llegado hasta nosotros. Se extendió el rumor que el arma que le hirió de muerte no fue lanzada por un persa sino por un cristiano de su propio ejército, que intentaba así terminar con el emperador «apóstata».

³⁴ Esta batalla se produjo en el 378 d.C. y en ella desapareció también el emperador Valente, sin que llegara a encontrarse nunca su cadáver. Como indica el propio Amiano Marcelino en su obra, fue una derrota terrible para los romanos, porque en ella sucumbió la tercera parte de su ejército (XXXI,13,18) y, como reconoce también el historiador «La oscuridad de esa noche, en la que no brillaba la luna, terminó con este desastre irreparable, que supuso una gran calamidad para los romanos» (XXXI,13,11). No olvidemos que, algunos años después, los godos atacaron Constantinopla, invadieron Macedonia, Tesalia, Grecia o Italia, llegando a saquear Roma en el 410.

deleitar a los lectores y a los oyentes que, como en el caso de Amiano Marcelino, escuchaban la obra contada por partes.

De ahí que incluyan en sus obras digresiones sobre temas muy variados (geografía, máquinas de guerra...), retratos, cartas, figuras estilísticas como metáforas, personificaciones, comparaciones... y, por supuesto, incluyen también discursos que, en estilo directo o indirecto, acercan aún más a personajes y lectores.

Entre estos discursos los más importantes son los militares, pronunciados antes, durante o después de batallas y campañas. Pues bien, los discursos militares en la historiografía tienen una finalidad esencial, pues nos permiten conocer las motivaciones de los personajes, avivar o disminuir la tensión en determinados momentos de la obra, adelantar acontecimientos, expresar la ideología imperante en una época determinada y, por supuesto, nos permiten también conocer una de las principales tareas de un general, exhortar y arengar a sus hombres para que estuvieran dispuestos siempre a luchar y a morir por la patria.

Así pues, en las arengas, se unen la finalidad estética y literaria con la finalidad pragmática e historiográfica, ambas nos permiten conocer cómo arengaban los generales griegos y romanos a sus ejércitos, ganándose su voluntad, mencionándoles siempre tópicos relacionados con la importancia de lo que se jugaban, su superioridad respecto a los enemigos, la justicia de su causa, la defensa de la patria y la libertad, el botín y la gloria que obtendrían en caso de victoria, la necesidad, no sólo de vencer, sino de aniquilar a los enemigos, la importancia de la ayuda divina...

Hemos visto ejemplificados esos tópicos y temas en un general, Juliano, y en un historiador como Amiano Marcelino, que le siguió en sus campañas militares y que participó activamente en las batallas que narró en su obra, de ahí que lo consideremos como una fuente esencial para conocer cómo los generales griegos y romanos arengaban a sus ejércitos para la victoria, y cómo los historiadores informaban y deleitaban a sus lectores con esos relatos.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES CLÁSICAS

- AMIANO MARCELINO: *Historia*, introd., traduc. y notas de M.^a Luisa Harto. Madrid, 2002.
- *Biógrafos y panegiristas latinos* (NEPOTE, SUETONIO, Q. CURCIO, HISTORIA AUGUSTA, PANEGÍRICOS), introd., traduc. y notas de L. Escolar y otros. Madrid, 1969.
- FRONTINUS: *The stratagems and the Aqueducts of Rome*, ed. y traduc. de. E. Bennet, Harvard University Press, 1969 (1925).

ESTUDIOS

- BARTOLOMÉ, J.: *Los relatos bélicos en la obra de Tito Livio*. Vitoria, 1995.
- PARIENTE, A.: *Salustio. Política e Historiografía*. Barcelona, 1973.
- ROLDÁN, J.M.: *El ejército de la república romana*. Madrid, 1996.